


*Una dama se vende a quien la quiera
en almoneda está. ¿Quieren comprarla?
Su padre es quien la vende, que, aunque calla,
su madre la sirvió de pregonera...*
Félix Lope de Vega y Carpio

I

EL CORRAL DE COMEDIAS

orría un año cualquiera de los prolíficos Siglos de Oro de nuestra literatura en la bulliciosa corte de Madrid. Por aquella época los corrales de comedia eran el centro neurálgico de toda la vida social de cualquier vecino que se preciase, daba igual la categoría social a la que se perteneciese, los animosos y ruidosos madrileños acudían a la fiesta más entretenida: la llamada Comedia Nueva por Lope de Vega. Eso sí, sin mezclarse.

Bajemos la vista y la atención a uno de aquellos multitudinarios focos de diversión. La algarabía era ensordecedora, los mosqueteros situados en el patio central vociferaban, cantaban, insultaban e incluso tiraban huevos y toda clase de verduras a los actores.

Días atrás, a uno de los jovenzuelos que protagonizaba un papel de malo, lo habían corrido a palos entre los mozos de la villa. Nunca arte y espectáculo habían estado tan unidos, ni se habían confundido tanto con la realidad. Las actrices solían bajar del escenario y mezclarse entre el público, había bailes, jácaras, máscaras... Todo un abanico de actividades

para entretener al exigente y variopinto auditorio que asistía al teatro; no solo para ver una representación, sino también para fomentar sus relaciones sociales.

Los asistentes tomaban refrescos en la alojería, las mujeres gritaban sin descanso en la cazuela, los nobles se escondían de la vista del gentío tras las celosías de los desvanes de los pisos superiores y los doctos discutían de lo divino y de lo humano en la tertulias.

Aquella muchedumbre era ajena a los sucesos que se iban a desarrollar en una humilde casita aledaña al corral de comedias. Numerosas eminencias pertenecientes al Santo Oficio se habían dado cita aquella tarde en aquel teatro, iban de incógnito y su misión no era la de ver ninguna actuación, más bien la de llevarla a cabo a manos de sus secuaces: los guardianes del orden de La Santa Inquisición.

La puerta de madera desvencijada y carcomida cedió a la patada de uno de los oficiales. Vestían completamente de negro; botas, capa y antifaz para no ser reconocidos. Recorrieron el pequeño recinto tirando con sus enérgicas manos todo lo que hallaban a su paso, hasta que encontraron lo que estaban buscando.

En un jergón de paja yacía una pareja de actores que descansaba para la actuación nocturna. Una sombra negra los encontró sobresaltados, no alcanzaban a comprender a qué se debía todo aquel jaleo. El tenebroso caballero desenvainó su espada y les propinó una estocada certera a cada uno de ellos, partiéndoles el corazón en dos.

— ¡Imbécil! — le gritó su superior —, ¿no te das cuenta de que el niño lo ha visto todo? Espero que esto no se sepa, date por muerto de lo contrario.

El pequeño, de muy poca edad, se había quedado mudo, no sabía muy bien si aquello era real o era una de tantas actuaciones en las que había visto a sus padres matar y morir.

Los secuaces del Santo Oficio cogieron al niño en brazos, lo taparon con una de las negras capas y abandonaron la casa sin darse cuenta de que dejaban desamparada a una niña, rubia como el oro, de ojos aceitunados, grandes y verdes. Ella sí sabía lo que pasaba, se habían llevado a su hermano Salvador y habían asesinado a sangre fría a sus padres, unos pobres actores de teatro que no habían hecho mal a nadie en sus tristes y miserables vidas.

La Inquisición medieval fue fundada en 1184 en el sur de Francia (Languedoc) para combatir la herejía de los cátaros. Posteriormente se implantó en el Reino de Aragón. Al unirse con la Corona de Castilla se fundó la Inquisición Española (1478-1821).

La herejía en la antigua Roma se consideraba traición al Imperio. San Agustín aprobó la acción contra los herejes, pero la Iglesia desaprobaba los castigos físicos. En el siglo XII el papa Inocencio III inició una cruzada contra los albigenses que estaban en desacuerdo con algunos de los principios del catolicismo.

El Tribunal de la Santa Inquisición y del Santo Oficio recomendaba que cualquier obispo o arzobispo inspeccionase las parroquias una o dos veces al año e hiciese jurar a varios varones de buena fe que en el pueblo no se realizaban reuniones secretas de herejes.

Ante el fracaso de la Inquisición episcopal dirigida directamente por los obispos, Gregorio IX creó mediante la bula «Excommunicamus» la Inquisición Pontificia, dirigida directamente por el papa.

En 1252, el papa Inocencio IV autorizó en la bula «Ad extirpanda» el uso de la tortura para obtener la confesión de los reos. Se recomendaba al torturador no mutilar o causar la muerte al reo, pero si este se negaba a confesar era entregado a la justicia para que lo condenase a muerte y fuese ejecutado.

La Inquisición española fue creada por una bula papal para combatir las prácticas de los judeoconversos, dependía de la Corona española. Esta sería la semilla histórica y el origen de los Caballeros Negros. Un grupo de soldados profesionales adiestrados para ejecutar las órdenes más secretas de la Santa Inquisición. Bajo el mando del arzobispo Supini, esta facción de hombres sin escrúpulos se encargaba de mantener el orden en lo tocante a los aspectos religiosos, a la lucha contra la herejía y a la caza de brujas.

Romero ya no aparecía en escena en el tercer acto, se cambió y se acercó a la casa de sus buenos amigos Manuel y Carmen para tomar café como solía hacer de forma habitual. Le encantaba contar historias a los hijos pequeños de sus amigos que le llamaban tío Romero. Casi siempre eran fragmentos de las comedias de Lope o adaptaciones de los argumentos para acomodarlos al interés de los chavalines. A Carmen le disgustaba que les contase cuentos de miedo, pero de entre el repertorio que tenía, los de miedo eran los más demandados por los pequeños. Manoteaba, susurraba, ponía caras raras y los agarraba para hacerles cosquillas ambientando así cada una de sus narraciones. Era maravilloso ver a aquella niña rubia y a su hermano pequeño con los ojos y la boca abierta embelesados con la actuación de su tío Romero.

Algo lo alertó mientras se acercaba a la pequeña casita, el postigo de la puerta estaba abierto y parecía que lo habían forzado. Aceleró el paso y entró en el pequeño salón alarmado, el corazón se le salía del pecho. Buscó a sus amigos llamándolos a gritos, temiéndose lo peor, avisado por el desorden en el que se sumía la vivienda. En un pequeño rincón de la habitación encontró a la niña que no podía apartar

la vista de los cuerpos de sus padres. Romero corrió a socorrerlos, quizá estuviesen con vida, pero nada más acercarse fue consciente de que sus amigos yacían exánimes, entonces se ocupó de María, la abrazó con fuerza y la sacó de aquel tenebroso lugar.